

mitida á la posteridad: *Te cederem nisi irascerer...* Te castigaria si no estuviese encolerizado. Y obró con mucha razon, puesto que no hay peor consejero que la cólera.

Hermanos míos; los movimientos violentos que la cólera ocasiona, ahogan la voz de la razon: piérdese el imperio sobre sí mismo, sobre los sentidos, sobre el temperamento; y aquella noble moderacion, aquel santo dominio, de que ya os he hablado, desaparecen y ceden su lugar al delirio, á la embriaguez y á las extravagancias burlescas ó trágicas de esa fatal pasion de la cólera. Se ha dicho, hermanos míos, tratando de otra pasion no ménos terrible en sus arrebatos, y no ménos humillante en sus consecuencias, que era ciega, y con túpido velo cubria los ojos de la desventurada victima, que arrastraba á la vergüenza y la muerte: *cæcus amor*. Lo mismo puede decirse de la cólera y de los movimientos tumultuosos del alma que ella produce. También es ciega y sorda al grito de la razon, del interés, de la amistad y de la sangre; nada respeta, todo lo derriba por do quiera que pase, cual furiosa y horrible tempestad. Las lágrimas, la piedad, las súplicas más conmovedoras, no la enternecen, ni desarman. El ejemplo de Alejandro, que mató á su mejor amigo en la embriaguez de su cólera, y le obligó á llorar toda su vida las consecuencias de su brutal locura, se ha reproducido en todos los tiempos; y los efectos de un carácter violento, apasionado é indomable no son ménos afflictivos en nuestros días.

No tan solo, hermanos míos, la cólera es contraria á la razon y á la dignidad del hombre, sino que esta pasion le hace desgraciado, y le sume en una profunda tristeza por toda su vida. Efectivamente, ¿quién no sabe por experiencia propia, que la felicidad en este mundo consiste en la tranquilidad del alma y en la paz interior, en el ejercicio pacífico de todas las facultades, en la calma de todos los sentidos, y en la satisfaccion moral, el primero de todos los bienes? Ahora bien; un hombre violento, no conoce ninguno de esos goces. Desde el momento que domina la cólera, todo es agitacion dentro y fuera de nosotros; todo es revolucion y efervescencia: el metal de la voz, el movimiento de los ojos, los ademanes, todo revela una crisis y un padecimiento. La calma, la paz, la serenidad del alma, tan bella y deliciosa, desaparecen, y son reemplazadas por una especie de fiebre ardiente que, nos tortura cruelmente; y no solo la cólera nos hace personal é individualmente desgraciados, sino que angustia á cuantos nos rodean, padres, hijos, deudos y amigos. Cuando nos domina la cólera, todo sufre en torno nuestro, en el círculo de la amistad, en el círculo de nuestros negocios, en el círculo de la familia. En situacion tan fatal,

no hay que contar con la dulce libertad de las relaciones que embellecen la vida, ni con las expansiones familiares que engendran la confianza recíproca; ni mucho ménos con aquella santa alegría que, en las reuniones de familia, distrae de las fatigas y de las ocupaciones del dia: al lado de una persona violenta y arrebatada, no se conoce sino la tortura y el temor. ¡Oh! hermanos míos; ¿quién no sabe cuán doloroso es tener que vivir bajo el techo, y, sobre todò, depender de una persona irascible y arrebatada, y cuán duro y abrumador el yugo de un jefe de familia de carácter irritable y brutal? Sus accesos de mal humor, sus arranques habituales, los escándalos á que dá lugar, hacen de él un objeto de terror para todos los que de él dependen, hasta en su propia casa: todo es sombrío en rededor suyo, y convierte en mansion de horror el lugar destinado á ser el santuario del afecto y del amor en la santa libertad del deber y de la mútua confianza.

Hé ahí, queridos hermanos, los terribles efectos de la cólera. Empero, esta pasion fatal, no solo es enemiga de la razon y de nuestra propia felicidad, sino contraria á la vida y á los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo, modelo de dulzura perfecta; á la vida y á los ejemplos de los Santos, que asombraron á sus verdugos por su paciencia, y causaron admiracion al mundo por su mansuetud; pero, sobre todo, está en abierta oposicion con el Evangelio, el código divino, donde no se habla más que de longaminidad, de paz, misericordia y dulzura. De donde se infiere, que la cólera, es una de las mas terribles pasiones, un mal reprobado y condenado por la razon, la antimonía del espíritu cristiano y del Evangelio. Preciso es, por lo tanto, combatirla á toda costa y por todos los medios, si no queremos abdicar nuestra dignidad de hombres y de cristianos. Los excesos de la violencia son, aún en este mundo, nuestra vergüenza y nuestro tormento. El más célebre de los historiadores, Tácito, hablando de esas desventuradas criaturas entregadas al vicio y al desórden, dice, que en su infame oficio encuentran, en parte, su propio castigo. Lo mismo podemos decir de aquellos que se abandonan á la cólera; y un filósofo inglés ha dicho con razon, que quien no sabe reprimir sus ímpetus coléricos, castiga en sí mismo la injuria que pretende vengar en su autor. Por lo demás, queridos hermanos, nuestra dignidad se degrada hasta el extremo, cuando perdemos la posesion de nosotros mismos, y damos el triste espectáculo de una violencia no reprimida; lo cual es un verdadero acceso de locura y de locura furiosa.

Fenelon recomienda un excelente medio para triunfar de la cólera, y es, no reprender á nadie en nuestro primer movimiento, ni en el ajeno, porque entónces la correccion es, á la vez, inoportuna y perju-



dicial; no se hace cual conviene, y es mal recibida; por eso decia San Francisco de Sales, que siempre se habia arrepentido de haber hablado y obrado en su primera emocion. Finalmente, es preciso orar y recurrir á Dios, cuya gracia transforma las naturalezas más fogosas y más violentas, y transforma en corderos á los furiosos leones.

Ahora, carísimos hermanos, os explicaré, aunque con breves palabras, las excelencias de la dulzura cristiana, y los frutos maravillosos que produce. Contenerse, conservar la posesion de sí mismo, ver á sangre fria las contradicciones y las pruebas, es bello, razonable, y digno de elogio; el cristiano, empero, debe ambicionar otra gloria más sublime, remontarse más alto, y dar á todos y donde quiera ejemplo de dulzura evangélica: virtud privilegiada de los hijos de Cristo. ¿Qué es, pues, hermanos míos, la dulzura cristiana? ¿quién podrá definir de un modo conveniente lo que ella tiene de más maravilloso y angélico en el orden de las virtudes? Puede decirse, que la dulzura es el estado feliz de un alma que ama á Dios, que goza de la plena posesion de sí misma en la caridad, y arregla todos sus movimientos interiores y exteriores de manera, que conserva la calma, la paz y la serenidad en medio de los acontecimientos felices ó desgraciados; es un cielo siempre puro, que ninguna nube alcanza á oscurecer ni á turbar; es un agua siempre límpida, cuya superficie puede rizar el soplo de la contradiccion, pero no agitarla.

Hay que guardarse, empero, de confundir la dulzura cristiana, con la cultura ó cortesanía, lo cual es muy diferente; pues, de ordinario, nada tienen de comun, ni en su móvil, ni en sus procederes, ni en su objeto. La urbanidad no es más que una disposicion natural, ó adquirida, para ser bien recibido en el mundo por medio de nuestras formas cortesananas, que se perfecciona por la educacion, ó la costumbre: es un arte de parecer respetuoso y atento, cierta soltura de maneras de buen tono y de lenguaje, una cultura y elegancia de procederes que nos atrae los elogios y la benevolencia del mundo. Pero, al fin, todo eso, no es otra cosa que una forma, una manera, más ó ménos distinguida, más ó ménos urbana, un mérito superficial y de gimnástica perfeccionada. No, no debe confundirse esa dulzura, puramente humana, con la dulzura cristiana, que es uno de los dones del Espíritu Santo, y de las más bellas virtudes del alma. La urbanidad puede encontrarse, y se encuentra con frecuencia, asociada á caractéres en extremo violentos é impetuosos; y no es raro, carísimos hermanos, encontrar en la historia malvados de buen tono, y viles libertinos de bellas y suaves maneras: la urbanidad, que, al fin, no es más que una fórmula de palabra ó por escrito, varía hasta lo infinito, se-

gun las personas, los intereses, las categorías y las circunstancias. Se mide y gradúa segun la opinion y la posicion de las personas con que tratamos. Hoy dia, sobre todo; ¿quién ignora cuán falsa é hipócrita es la urbanidad amanerada y afectada, que se usa en el servicio de la intriga ó de la ambicion? ¡Ah! no es más que una ruin cortesanía, baja, rastrera y ridícula, de la que está excluida la sencillez y la verdad. Indudablemente, hermanos míos, no se debe ser absoluto ni exclusivo. Reconozco de buen grado, que hay en el mundo hombres verdaderos caballeros, y de una civilidad exquisita por disposicion natural y principios de honor; pero, por desgracia, estos hombres van desapareciendo de nuestra sociedad; y la antigua cortesanía caballeresca, hija genuina del cristianismo, ha degenerado en una fraseología convencional para uso de nuestros mezquinos cálculos personales, y que dista mucho de presuponer las virtudes del corazon.

No puede decirse lo mismo de la dulzura cristiana. Esta virtud tiene su principio en el Espíritu Santo, su raiz en la gracia, y no en la opinion ni en las disposiciones, aún las más felices, de una naturaleza móvil y variable: ella es la esencia de la humildad, y la flor de la caridad; no hace excepcion de personas; es de todos los tiempos, de todos los lugares y de todas las circunstancias. Se perfecciona, sobre todo, y se manifiesta hasta un grado sublime y heroico en medio de las espinas, de los genios difíciles, de las injurias y de las contradicciones: su tono, sus aires, su mirada, su sonrisa, todos sus rasgos llevan impresa en su frente el origen divino.

La dulzura cristiana no es la debilidad, por más que de tal la calificquen algunos; al contrario, se concilia perfectamente con la firmeza, la energía y la autoridad. Y en punto á la autoridad, yo añado, que la dulzura cristiana es su salvaguardia, la recomienda, y le comunica su verdadera fuerza. En efecto, carísimos hermanos, la autoridad, y el arte difícil de ejercerla, son dos cosas distintas. Aquel que tiene la responsabilidad y la custodia de la autoridad, si no quiere comprometerse, tiehe que mandar, aconsejar y auxiliar; y, á veces, debe corregir. Ahora bien; ¿quién manda mejor, que el que lo hace en paz, con calma, con bondad? ¿El consejo mejor aceptado y agradecido, no es el que dan la amistad, la benevolencia, la dulzura? ¿Hay ningun auxilio más á propósito para levantar y reanimar al hombre, y que más fácilmente penetre en su corazon, que la dulzura? Además, hermanos míos; cuando el que ejerce la autoridad se halla en la triste necesidad de castigar, y de reprimir, el castigo ó la correccion será tanto más eficaz cuanto que vaya acompañado de la moderacion y la dulzura. No, hermanos míos; la dulzura cristiana, hija de la gracia y de



la caridad, no es, ni puede ser una debilidad. Si San Francisco de Sales ha dicho, que era necesario poner la pureza bajo la custodia de la caridad, puede decirse tambien, que es preciso colocar la autoridad bajo la custodia de la dulzura, que es la flor de ella.

Por lo demás, la doctrina de todo el Evangelio y el ejemplo de toda la vida de Nuestro Señor recomiendan la constante práctica de esa virtud; forma una parte de la herencia que nos legaron nuestros gloriosos mártires, quienes vencieron á los tiranos con la sublimidad de su paciencia. Tal es la opinion y la enseñanza de los Doctores y de los Padres de la vida espiritual: San Bernardo se arrepintió, hasta sus últimos días, de su inclinacion á la severidad en los primeros años de su direccion religiosa; San Francisco de Sales, en el gobierno de su diócesis, ó en sus misiones entre los pueblos protestantes, no se inspiraba sino en la bondad y en la dulzura, y nadie ignora las maravillas que obró este Santo. El mismo decia, que las injurias y los ultrajes eran para él rosas que se le echaban en el rostro. Santa Juana de Chantal, formada en su escuela, y colocada al frente de la célebre Congregacion de la Visitacion, confesaba, que siempre se habia arrepentido de haber recurrido á la severidad, y nunca de haberse dirigido al corazon. Tal era tambien el espíritu y el pensamiento de Santa Teresa. Cuando alguno habla mal de mí, decia, paréceme que le amo mucho más; y se lee en las actas de su canonizacion, que las injurias eran un título para hacerse amar de ella.

¿Dónde está el sábio, carísimos hermanos, dónde el filósofo, dónde el hombre de mundo, que haya comprendido semejante doctrina, ni empleado semejante lenguaje? Únicamente lo comprende el Espíritu de Dios, y lo emplea su gracia, que transforma los corazones. Nadie, hermanos míos, se resiste á los atractivos omnipotentes de la dulzura cristiana. En vano, dice Bossuet, pretendierais apoderaros de mi corazon con las demás virtudes: á la dulzura solamente le es dado introducirse y apoderarse de él. Podemos admirar el talento, aplaudir la elocuencia, coronar á la poesia y al valor; mas, nuestro corazon, no le entregamos sino á la dulzura y á la bondad: esta deliciosa virtud posee, en cierto modo, como la religion, de la cual es hija, las promesas de la vida presente y de la vida futura; goza del singular privilegio, de hacernos señores de la tierra, dándonos el cielo. *Beati mites quoniam possidebunt terram.*

Honremos, pues, hermanos míos, esa virtud; amémosla: cultivemos esa flor de la caridad en nuestro corazon; y por ella, y con ella, seremos en el tiempo buscados, bendecidos y amados de todos; y despues de haber contribuido, acá abajo, al gozo y á la felicidad de los demás,

iremos, á nuestra vez, á recibir de las manos del Dios de toda misericordia y de toda dulzura, la recompensa de una vida llena de buenas obras. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**DULZURA.**—La dulzura es una virtud que es necesario conservar, aún en medio de las mayores amarguras.

La dulzura es una virtud que, á veces, es necesario disimularla.

La dulzura es una virtud que debemos guardar en el corazon, cuando el celo exige que seamos severos en nuestras palabras.

**DULZURA.**—La dulzura es la virtud con la cual teme más el pecador luchar de frente.

Es la virtud á la cual el pecador opone ménos resistencia.

Es la virtud de cuyo triunfo más se alegra el pecador.

**DULZURA DE LOS DIRECTORES DE ALMAS.** (*Exhortaciones á los eclesiásticos*).—Cuando la dulzura de los directores de almas procede de la ignorancia, nos vuelve obstinados.

Cuando la dulzura de los directores de almas procede de poca firmeza, nos vuelve negligentes.

Cuando la dulzura de los directores de almas procede del interés, nos vuelve licenciosos.

---

## EDUCACION DOMÉSTICA.

---

*Et vos patres... educate illos in disciplina, et correptione Domini.*

Y vosotros, padres... educad á vuestros hijos corrigiéndolos, é instruyéndolos segun la doctrina de el Señor.

(EPHES. VI, 4.)

Nuestra época, amados hermanos míos, se muestra sumamente solícita por la educacion de la juventud, fin á que tienden todos los pen-